

El Río sin orillas

Por Emilio Bernini (de *Kilómetro 111*)

<http://elriosinorillas.com.ar/>

Las revistas, en la tradición de las revistas en el siglo XX al menos, tienen o suelen tener cuando son concebidas o imaginadas cierto gesto inaugural. En cierto modo, debería decir que una revista que se precie, se concibe en esos términos fundacionales. En el sentido de una inauguración, de un comienzo, de la ocupación de un lugar en el campo de las letras o del cine, de las artes o de la política, y en el sentido también de una disputa, una discusión con, una voluntad de intervención respecto de, un estado de las letras, o del cine, de las artes o de la política. En nuestros días, creo yo, gran parte de las revistas que se escriben –no las conozco todas–, no parecen haber dependido de ese gesto inaugural y del interés político, en el sentido más amplio de la palabra, de la toma de posición dentro del campo mismo al que se dirige.

Tal vez eso se deba a las revistas académicas, en las cuales participan y participamos muchos de los que hacemos revistas: las revistas académicas justamente no se piensan en esos términos vinculados a la posición política en un campo, sino en los términos de difusión de investigaciones, en el mejor de los casos, o en los de la producción de puntaje curricular, no siempre en el mejor de los casos. En cierto modo, hoy las revistas académicas son un problema para las revistas culturales, no solo porque muchos de los que hacemos revistas culturales escribimos en revistas académicas, y también hacemos revistas académicas, sino incluso porque la lógica misma a la que responde la revista académica, de producción de investigación y de producción curricular, sujeta a un ritmo institucional de rigor; una lógica en la que, sobre todo, los lectores son ajenos, salvo en todo caso aquellos que pertenecen al claustro en la que ella se produce, esa lógica a la que responde la revista académica no deja de incidir, no deja de pautar, o establecer un tipo de producción, un tipo de escritura, un modo incluso de pensamiento, en la concepción y en el hacer mismo de las revistas culturales. Entiendo esto precisamente como un problema que sería preciso notar en el hecho mismo de que las revistas culturales no parecen concebirse ya, como en la tradición del siglo XX, con la intención de intervenir políticamente, en el sentido más amplio, en el campo en el que se sitúan.

El río sin orillas es una revista libro anual, que lleva ya 7 números, una revista de una elegancia sobria, cuyo diseño incluye unas postales que continúan en

ese formato las ilustraciones de la revista, y con eso expanden el diseño mismo al objeto, hacen del diseño un objeto mismo, la postal. Esto, de entrada, ya la singulariza. Encuentro que en *El río sin orillas* hay justamente una voluntad de intervención, un posicionamiento político en el campo amplio en este caso de la filosofía, la cultura y la política, tal como define sus intereses la revista en su subtítulo. Basta leer, para notar esa voluntad de intervención, unas líneas del editorial del número 7, que dicen:

Lo que hay que sostener es la no reconciliación con la época, con nuestra época, tanto más en estos años, por nuestra empatía con ella.

Este *dictum* ético, este *dictum* ético político, es notable en su concisión y es extraordinaria como afirmación que no elude la paradoja: cuanto más en empatía estamos con la época, parece decir, menos reconciliación debemos sostener. ¿Cómo sostener en efecto la no reconciliación, es decir, al menos la crítica, la distancia, la impugnación, la no negociación, cuando la causa de esa no reconciliación es la empatía (la frase dice sostener la no reconciliación *por* nuestra empatía, no dice *ni a pesar, ni más allá*)? Esto es ¿cómo sostener la no reconciliación que, históricamente, en el campo cultural y en el campo político, es una posición radicalmente confrontativa, radicalmente irreconciliatoria, con la empatía, que es en cambio, y por el contrario, comprensión, aceptación, apoyo, identificación?

Ahí mismo, al menos en ese *dictum* de este texto editorial, *El río sin orillas* se sitúa en la tradición de las revistas culturales concebidas como actos de intervención, en las que el editorial tiene precisamente una función central de declaración de principios o de profesión de fe. Pero también ahí, en ese *dictum* ético político, paradójico, se define el modo de su intervención en el campo político y cultural. Entiendo aquí por modo de intervención, justamente una modalidad, una *forma*, que no elude los problemas de la transmisión de las ideas. Una forma que visiblemente, en el diseño que se hace objeto, y en la prosa misma del editorial, se ocupa del lenguaje. Digo en el diseño porque como sabemos todos, el diseño también es una cuestión de lenguaje. *El río sin orillas* no cree que el lenguaje sea un mero medio de transmisión de sus ideas destinadas a la intervención en el campo político y cultural, sino, más bien, hace del lenguaje mismo *el*

problema de la intervención. Por lo menos en su editorial. Como sabemos también, el editorial *dispone, orienta* la lectura de toda la revista, más allá de las diferencias que pueda haber en la prosa y en las ideas de los que escriben. O para decirlo en términos más adecuados, el editorial orienta la lectura y la dispone *por* las diferencias que hay en la prosa y en las ideas de los textos. En el mismo sentido de la tradición de la revista cultural a la que hago referencia, el editorial también es, además de declaración de principios o profesión de fe, disposición, orientación, de lectura de la totalidad de la revista que abre. Esto mismo, esta función tradicional de orientación y de profesión de fe del editorial, es lo que me parece tiende a ausentarse, a diluirse o incluso a no formar parte de los intereses, sintomáticamente –algo que tal vez haya que vincular con el estado de la academia–, en algunas revistas culturales contemporáneas.

La cuestión del lenguaje que puede notarse en la prosa del editorial –una prosa que yo llamaría a falta de un término mejor, prosa no instrumental–, en la cita que hice recién tiene una forma, además de paradójica, se diría, también, aforística. En el mismo sentido, para notar la cuestión del lenguaje que en la revista es toda una cuestión, se agrega unas líneas más abajo:

sostener esa no reconciliación es sostener un ultra-
macerado en las astillas de las pequeñas voces,

que también puede leerse como un aforismo. Pues bien, mi idea es que en esa cualidad aforística de la prosa, el editorial es toda una toma de posición, toda una declaración, con tonos que varían entre el aforismo, la paradoja, y también el manifiesto, respecto de la cuestión de la batalla cultural del kirchnerismo que es incluso, notoriamente, una definición del propio lugar que la revista concibe para sí misma. En efecto, cuando dice, más adelante, que

la mediación cualitativa de la cultura es fundamen-
tal para ayudar a horadar o sostener la economía
y la representación política,

la revista no sólo está exponiendo un principio relativo a la necesidad de continuar la batalla cultural, sino incluso definiendo su propio lugar como revista en esa misma mediación cualitativa, en esa batalla cultural.

Ahora bien, la cuestión del lenguaje y el modo de intervención como cuestión de lenguaje, que puede notarse en la prosa del editorial, no es en *El río sin orillas* digamos así original. Pero aquí esa falta de originalidad no tiene que ver con la novedad de las ideas y de la prosa en que son expresadas, sino nuevamente con

una tradición de revista cultural, más específica y en cierto modo explicitada en las elecciones de la revista. Justamente, ¿de dónde procede esa concepción de un modo de intervenir cultural y políticamente que hace del lenguaje la cuestión de esa misma intervención? La respuesta a primera vista está hasta cierto punto en las entrevistas, en la elección de abrir los números con entrevistas, y en la elección misma de los entrevistados. En esas elecciones *El río sin orillas* sigue deliberadamente, creo que con toda deliberación, a la revista de crítica política y cultural, según su propio subtítulo, *El ojo mocho*, que dejó de salir, si no me equivoco, en 2008, con 21 números, editada por un grupo de profesores y alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales.

El ojo mocho se distinguió en el campo cultural porteño, desde principios de los años 90, por empezar cada uno de sus números con entrevistas, largas y aparentemente no editadas (digo esto porque se criticó ese tipo de edición de las entrevistas, cuya política consistía precisamente en esa impresión de no edición), a intelectuales mayores, en términos etarios y en términos simbólicos, como David Viñas, León Rozitchner, Carlos Correas, Ernesto Laclau, Oscar del Barco, Daniel James, entre varios otros. Entrevistas ubicadas, en efecto, después de editoriales extensos, cuya apuesta política y cultural residía muy centralmente en la cuestión del lenguaje, en una prosa que iba contra cualquier ideal de transparencia del lenguaje, y contra el lenguaje académico. Esas entrevistas y esos editoriales se volvieron la marca de *El ojo mocho*, y así disponían y orientaban la lectura de una diversidad verdaderamente enorme, verdaderamente heterogénea, de artículos y escritores.

El río sin orillas sigue ese modelo, no sólo con sus entrevistas (a intelectuales varios de ellos vinculados a *El ojo mocho*, como Javier Trímboli, Eduardo Rinesi, María Pía López) y con sus editoriales que se reconocen en la cuestión del lenguaje trabajada por la revista de ciencias sociales, sino incluso en el hecho fundamental, y también propio de la tradición de las revistas culturales, del pensamiento grupal. Los editoriales de *El río* son grupales, así como varias notas que van escandiendo las secciones de que se componen los números que vuelven a disponer y a orientar la lectura varias veces en el interior del número. En el grupo editorial o comité de redacción siempre hay, en esa tradición, una discusión previa, configuradora, que no suele tener lugar en el número mismo, sino en el modo en que queda articulado. En esta filiación elegida, *El río sin orillas* elige sus propios referentes y establece, literalmente, un diálogo con ellos, como lo hizo *El ojo mocho* con los suyos, y tal vez esto sea único en el campo cultural de los últimos años.

Tengo la impresión de que no hay esa construcción referencial deliberada, y de reconocimiento de los “mayores”, en las revistas del campo de las letras y tampoco en las revistas del campo del cine, que encontraron y siguen encontrando, en el caso del cine, sus referentes en las revistas de prestigio internacional, por lo menos desde los años sesenta en Buenos Aires. En el caso de *El Ojo mocho* su referente era precisamente aquel al que buscaba oponerse: la política y la crítica académica, pero en particular, la revista a la que respondía desde su nombre mismo: no se trata de un punto de vista, sino de una visión defectuosa. Sus elecciones dependieron inicialmente de esa discusión en el interior del campo cultural con la revista *Punto de vista*. En el caso de *El río sin orillas*, está claro

que no se trata llamarse con el nombre que designe la posición polémica, sino con el del título del ensayo literario de Juan José Saer, que precisamente era un referente, un intelectual faro, del grupo de *Punto de vista*. En esa elección del nombre y en esas filiaciones electivas hay un cambio de época, una configuración nueva del campo, que no permite ya pensar las publicaciones con aquellos parámetros de discusión y que es producto, finalmente, de los saberes producidos por esas revistas, por ambas, que estuvieron enfrentadas. En esto, *El río sin orillas*, y las revistas culturales que se precien, son un modo de situarse en el campo y a la vez una muestra del estado de ese campo, de sus permanencias y de sus transformaciones.